

## PRUEBA DE FUEGO

Bamako es la capital de Malí.

El río Níger cruza Bamako.

Bamako significa cocodrilo.

Hacía años, muchos años, aquel lugar del río Níger estaba repleto de cocodrilos; en la actualidad el único bamako que había sobrevivido era el nombre.

Bamako: ciudad extraña, puzzle de exóticos contrastes; con avenidas asfaltadas franqueadas de árboles y polvorientas calles con canales paralelos a las aceras infestados de detritus estancado, que hacían de alcantarillado e invitaban al transeúnte a pinzarse la nariz con los dedos; edificios modernos al lado de chabolas; tránsito alocado y escandaloso y en el corazón de la ciudad, un bullicio de gente exasperante.

Pasé tres días en Bamako y con la tranquilidad de tenerlo todo preparado para emprender la recta final de la aventura, la última noche me invité a un concierto de música africana.

La desgarrada música de Youssou N'Dour y la Súper Etoile de Dakar envolvía la estrellada noche.

Sobre el escenario, instalado en uno de los extremos del campo de fútbol, vestidos de blanco y sudando, cantaban, tocaban y se movían poniendo verdadero sentimiento en su actuación. ¡Era todo un espectáculo! En especial uno de los músicos que hacía inverosímiles malabarismos en su estrambótico bailar, al mismo tiempo que golpeaba un pequeño tambor con un palo, sujeto por debajo del brazo.

Pero aunque guitarras, tambores, violines, saxos, trompetas... y hasta un violoncelo componían exóticos y originales sonidos, mis tímpanos los repelían, mientras la gente bailaba al son de un ritmo con el que no conseguí dar ningún paso.

Desilusionado ante la que decían que era la mejor música senegalesa, esperé de pie a que alguna de las canciones que se iban sucediendo me incitasen a seguirlas pero ninguna consiguió romper mi pesada inmovilidad.

Cansado no estaba. Me sentía ligero y notaba como una energía deseosa de ser usada recorría mi cuerpo pero a pesar de que tenía ganas de celebrar bailando el estar en Bamako, aquel ritmo africano seguía sin inspirarme tanto como a la gente que me rodeaba, que no dejaba de danzar.

Al final, sintiendo no poder disfrutar de aquella fresca y extraña música, decidí marcharme a descansar.

Según la guía que llevaba: “la pista directa de Bamako a Kayes estaba totalmente impracticable, incluso con un todoterreno”, pero no había llegado hasta allí para subirme en tren o dar un rodeo con el que pudiese perder las pocas posibilidades que todavía me quedaban de llegar a Dakar en 16 días.

Caminando una media hora a lo largo de los iluminados y oscuros tramos de las calles de Bamako, llegué a mi hospedaje y sin hacer ruido me metí en la cama, pensando en que unas horas más tarde iniciaría la definitiva prueba de fuego del viaje.

Mientras pedaleaba por la avenida de la Libertad, alejándome del centro de Bamako, un algo misterioso y excitante me envenenaba de curiosidad, de una curiosidad rebelde; y aunque sabía lo peligroso que me iba a resultar sosegarla, nada podría impedir que siguiese como loco insensato adentrándome en, según todo lo leído y oído, el infierno.

Tras seis kilómetros y medio de asfalto, otros seis de tierra y otros tres de asfalto, llegué a la población de Kati, donde un hervidero de gente, animales y vehículos me rescató por unos instantes de mi ensimismamiento.

No me detuve, no deseaba que nadie me dijese que la ruta por la que había decidido ir a Senegal era peor que el averno; pero yo sabía que hasta el mismísimo infierno no era más que otra cima a escalar, no era más que otro reto para los inconformistas, no era más que una fascinante excusa para que los aventureros disfrutasen de la vida, jugándose la.

Después de cruzar el pueblo y detenerme para que pasase un rebaño de vacas con pesadumbroso caminar, el conductor de un taxi-camioneta me ofreció llevarme. Cuatro kilómetros después llegué ante un control policial, frente al que estaba detenido el taxi.

—¡Qué! ¿Subes? —me preguntó intentando tentarme ante la poca clientela que transportaba.

—No, prefiero ir sobre mi bicicleta. ¿Sabes? Es muy celosa y no me gustaría que se enfadase.

—La pista es muy dura y difícil en bicicleta.

—Bueno, yo también soy duro y además, cabezota.

Desde aquel lugar partían dos pistas; una hacia el norte trazando un irregular semicírculo de 670 kilómetros hasta Kayes; mientras que la otra iba al mismo sitio por una curvada línea recta de 500 kilómetros.

—¿Adónde va? —me preguntó el policía mientras ojeaba el pasaporte.

—A Dakar —le contesté con el convencimiento del que no tiene otra opción para seguir viviendo con orgullo que hacer lo que su corazón le exige.

Cuando le pregunté por la pista de Kita el policía me respondió con una mueca, mezcla entre sonrisa y sorpresa, mirándome como si fuese un extraterrestre y negando con la cabeza.

—La pista está destrozada, si va a Kita es mejor que vaya en tren —me dijo muy serio.

—Ya, pero mi bicicleta se marea si se mueve sin tener las ruedas en el suelo.

Ni comentarios, ni expresiones, ni advertencias, ni nada que pudiesen inventarse me iba a hacer cambiar de idea. Ante mí y hasta Tambacounda se extendían más de 840 kilómetros de una pista a la que no temía y me apetecía conocer, porque a pesar de lo que me habían contado, sabía que la realidad

iba a ser muchísimo más especial que la augurada, y como en tantas otras ocasiones a lo largo de aquel increíble viaje, empecé a pedalear por el camino más salvaje.

Unos centenares de metros después, frente a lo que parecía un río seco salpicado con cañas, perdí todo rastro de tierra pisada, pero tras un pequeño rastreo encontré el otro extremo de la pista.

Con cada pedalada me iba adentrando en la incitante sabana, y aunque sabía que disfrutar de sus encantos podría costarme caro, prefería arriesgarme y conocer el resultado, por malo que pudiese ser, que quedarme parado y tener que sufrir la parálisis de miedos y temores.

¡Actuar había sido siempre una buena solución! y allí estaba, avanzando por una pista repleta de tierra, baches, piedras, polvo... y en unos segundos en que me distraje del conciso análisis, que para no caer en ninguna de las trampas que metro tras metro me ofrecía aquel traicionero sendero, a punto estuve de chocar con un tronco clavado en el suelo con la punta mostrándome una diabólica sonrisa, que hubiese destrozado la circunferencia de la rueda, arriesgándome al esquivarla a caer sobre ella. Pasé casi rozándola e inspiré profundamente para celebrar seguir entero. Sobresalto que no me supo amargo pues me gustaba la acidez que el susto produce; aunque claro, una vez pasado.

Sin darme cuenta a medida que avanzaba fui respirando el triste sabor que desprendía el paisaje, envolviéndome en una discreta melancolía por su aparente falta de vida. Cuando llegué a un puente medio destrozado, paré al lado de uno de los troncos que arrastrado por la corriente se había quedado encallado. **(Fotografía 3-2)**. Al otro lado del polvoriento río se alzaba un tétrico decorado; todos los árboles estaban secos, como fosilizados, envueltos en una sobriedad de color que daba la sensación de estar a punto de vomitar algo malvado, y sin poderlo evitar a lo largo de algunos minutos me sentí atrapado en un perdido, recóndito y olvidado rincón de otro mundo.

Si antes me había detenido a comer cacahuetes, ahora lo hacía para quitarme uno de los dos pantalones, ya que había pensado que los rayos del sol no atravesarían dos tejidos a la vez, pero las manchas rojas en la parte superior de los muslos, picándome, probaban mi equivocación. Así tras cortar el tubo, extendí parte de la escasa crema protectora que me quedaba sobre mi lastimada piel y continué el sufrido calvario que entre el sol y la maltrecha pista me estaban ofrendando.

Sin ninguna duda los que me advirtieron sobre la intransitabilidad de aquella ruta, no me engañaron. Pero a pesar de las excesivas acumulaciones de arena, grava y polvo, junto con las piedras atrapadas en el suelo mostrando sus amenazantes cantos, los baches, agujeros, *tôle ondulée*... algo dentro de mí confiaba en poder demostrar que no hay imposibles para quien no cree que los haya. Continué zigzagueando hasta que me aventuré por uno de los senderos que se adentraban en la seca vegetación, con la idea de enlazar con las sendas más cercanas a la pista y librarme así del irregular suelo que intentaba sacarme de quicio, aunque tuviese que ir muy atento para no salirme de los dos palmos de sendero mientras esquivaba las ramas que a la altura de la cabeza lo invadían. Durante algunos kilómetros fui alternándolos con la pista, consiguiendo acelerar mi avance entre el laberinto de sendas entrecruzadas ¡hasta que me perdí!

O empezaba a trazar una imaginaria ruta perpendicular a mi derecha o desandaba los últimos kilómetros.

En ocho horas había recorrido 93 kilómetros de entretenido trayecto, pero más divertido fue pedalear campo a través por encima de hojas, ramas y hierbajos secos, esquivando árboles y matojos ¡hasta que pinché!

El agujero de la cubierta tenía más de un milímetro de grosor, la cámara se había perforado por dos sitios y la goma, que protegía las terminaciones de los radios, rota.

El ingenio es hijo de la necesidad y en aquel lugar volvió a quedar clara la veracidad de tal afirmación, ya que con la cinta adhesiva conseguí sujetar la goma protectora a la llanta y taponar los agujeros de la cámara, aunque ese trozo no llegó a hincharse del todo. Cuarenta y cinco minutos después y tras haber comido algo, reanudé la marcha a pie sobre la flagelada y grisácea sabana.

Avanzaba dejándome guiar por mi instinto, y cuando llegué al trazado de la antigua línea férrea la crucé con la deferencia que se le brinda a los viejos monumentos, respetando su plácida resignación por el olvido del que era víctima, después de haber soportado innumerables toneladas de peso.

Inesperadamente había empezado a gotearme la nariz y empecé a tomar pastillas de vitamina C.

A unos 400 metros de donde reparé el pinchazo, encontré la infernal pista, y un kilómetro después un estrepitoso crac y mi imposibilidad por mover los pedales me golpearon el ánimo. Al bajarme y ver lo que había ocurrido encajé un gancho cayendo a la lona, sin que tras la cuenta de diez llegase a recuperarme. Mis nervios sabotearon mis defensas psíquicas, consiguiendo que los amotinados se fuesen multiplicando hasta que para tranquilizarme se me ocurrió tomar unas fotografías de la herida bicicleta. **(Fotografía 3-3).**

Ya más calmado me dispuse a solucionar el desastre, desastre... palabra que fue sonando como un eco hasta que me enzarqué en pensar en cómo reparar lo que parecía a todas luces irreparable. ¡El desviador del piñón estaba enroscado como una trenza! y la pieza a la que iba atornillado se había doblado abriéndose, aunque por suerte todavía quedaba el espacio justo para que la rosca del eje de la rueda pudiera mantenerse apretada.

Tras descargar los bultos le di la vuelta a la bicicleta y quitándole la rueda, analicé la complicada escultura en que se había convertido el desviador. Lo miraba desde un lado, desde el otro, desde arriba, desde abajo. Forzándolo intenté, sin excesiva confianza, devolverlo a su posición original. ¡Aquello no tenía arreglo! Además de que para desatornillar el desviador del cuadro necesitaba una llave allen del número cinco y no la llevaba. resultaba tristemente evidente que a partir de entonces tendría que pedalear a piñón fijo.

Arrodillado en el suelo ante el jeroglífico de hierros, el nerviosismo me atosigaba con sus maquiavélicas intenciones, mientras mi visión me transmitía todos los detalles del desastre buscando encontrar una alternativa antes de que fuese demasiado tarde para frenar el peligroso desánimo que intentaba paralizarme.

Debía rescatar la cadena de entre el retorcido desviador y la solución apareció, penetrando como daga afilada en la yugular de mi nerviosismo.

La cadena iba acoplada a dos pequeños círculos de plástico dentados, entre dos guías de metal laterales, unidas ambas por un eje con tornillos hexagonales, ¡y llevaba una pequeña llave inglesa!

Una vez liberada la cadena y doblado hacia el exterior lo que todavía quedaba del desviador, acoplé la rueda, le di la vuelta a la bicicleta y cargué el equipaje sin dudar que con la chapuza de emergencia podría continuar.

Como la cadena había quedado demasiado larga la coloqué sobre el piñón más grande.

Empecé el pedaleo con un pequeño nudo en el estómago, y asustado por un ruido metálico producido por la cadena al cambiar de piñón; hasta que al caer sobre el más pequeño y llevarla arrastrando por el suelo, se salió.

Poco después llegué a un claro en el que tres mujeres cortando leña se sorprendieron al verme.

Solamente podía mantenerme sobre la bicicleta en los tramos duros, ya que en los arenosos al necesitar pedalear con más fuerza, la cadena se salía. Cansado de apearme, cogí una ramita y cuando saltaba, y sin dejar de avanzar, agachando el cuerpo intentaba ponerla sobre los beligerantes dientes del piñón; aunque al final desistí de tal maniobra ya que en ocasiones antes de poderla colocar, se salía del plato y por unos instantes descuidaba mi atención de las innumerables trampas.

Como salido de la nada un todoterreno se situó a mi altura, le dediqué una mirada a su conductor y obtuve la misma respuesta, y al desaparecer entre una nube de polvo, me detuve.

Busqué el tubo de crema protectora y me extendí una poca sobre los muslos. Un *tetrabrik* de leche estaba cediendo con el continuo traqueteo manchando algunas cosas, y aunque había acabado de beberme medio litro de agua, me bebí el medio litro de leche mezclada con chocolate en polvo.

Cuando me disponía a seguir apareció una camioneta con el remolque vacío.

—¿Todo bien?

—Muy bien —le contesté, y ante mi indiferencia por su indirecto ofrecimiento de ayuda, aflojé el pedal del embrague y continuó por la despedazada pista.

Los síntomas de haberme resfriado se hacían cada vez más patentes, obstruyendo mi nariz, elevando la temperatura de mi cabeza y haciéndome sudar más de lo que mi continuo esfuerzo requería.

Sin entenderlo, la cicatriz del dedo gordo del pie derecho, me dolía tanto, que llegué a creer que la carne se me había vuelto a separar.

¡Y para colmo una impresentable mosca no me dejaba en paz! Trazando curvas alrededor de mi cabeza y aterrizando con mucho descaro sobre mi cara.

De vez en cuando continuaba usando los senderos que no se alejaban mucho de la pista.

Antes de anochecer me detuve para beberme otro medio litro de leche, y en cuanto entró en mi estómago sentí como lo abofeteaba, notando unas ligeras ganas de vomitar.

Fui avanzando muy despacio, caminando cuando la arena o las piedrecitas se tragaban las cubiertas o el desnivel era de subida, aunque con el terreno duro y en bajada también fallaba la cadena. Las pistas que partían de la principal me obligaban a no distraerme, pues constantemente debía decidir por cual seguir, presentándose en ocasiones hasta tres opciones. Mientras el sol se fue escondiendo por delante, dejé atrás un poblado deshabitado con las casas deshechas y una gran bajada con el suelo de piedra formando montañitas que me lanzó como kamikaze contra un incierto destino.

Teniendo en cuenta los diferentes tramos de pista: algunos con excesiva acumulación de arena y piedrecitas, otros infestados de piedras sueltas o atrapadas en el suelo mostrando peligrosos cantos, otros de arena amarilla compacta pero llena de grietas, otros de roca muy irregular, otros de *tôle ondulée* nadando en arena de color rojo, otros de peligrosos agujeros cubiertos de polvo en los que al pasar por encima las ruedas quedaban atrapadas... cuando cayó la noche me apeé para continuar caminando.

Desde que partiese de Bamako sólo me había planteado avanzar cuanto pudiese, y bajo tal idea continué sin tener ni la más remota idea de hasta donde iba a poder llegar y que final me iba a deparar aquel día; eran casi las siete y media y llevaba hechos 103 kilómetros.

La sabana vestida de noche asustaba con sus inquietantes sombras entre un laberinto de oscuridad. Avanzaba a ciegas, ya que resultaba imposible descifrar el relieve de un suelo por el que iba empujando con timidez una bicicleta que parecía indiferente a lo que estaba ocurriendo, quizás porque el dolor que le producía la amputación de parte de su estructura, le pudiese hacer pensar que nuestras posibilidades de llegar a Dakar antes del 11 de abril se habían esfumado.

Una vez más me encontraba a solas ante lo imprevisible, y tal sensación me hizo sentir ese placer que produce lo deseado, cuando te rodea con una excitante envoltura de misterioso.

Ante mí, además de una oscuridad casi hermética, un amargo desasosiego por no saber qué iba a ocurrir, intentaba enturbiar lo que estaba viviendo.

Aunque no hacía calor seguía sudando, la cara la notaba hinchada y cuando al introducir la mano debajo del pantalón percibí los abultamientos que me habían salido en los muslos y que empezaban a picarme, me di cuenta de que no me había resfriado, si no que mi cuerpo estaba a punto de ser cruelmente víctima de una traidora alergia, que a pesar de hacer mucho tiempo que no me atacaba, no tenía ningún reparo en presentarse en el momento menos oportuno.

Temblando y con la pequeña linterna en la mano busqué la última pastilla antialérgica, ya que las demás me las había ido tomando al confundir las ampollas rojas producidas por los rayos solares al atravesar el chándal, con síntomas alérgicos. ¿Quién iba a pensar que el sol pudiese quemarme la piel a través de la tela?

En tan sólo unos segundos una electrizante tensión se había apoderado de mi cuerpo, asfixiándolo.

—¡Aaaaaah! —grité sin gritar tras sentir como mis uñas arañaban la piel del muslo repleto de rugosidades.

Tenía que actuar con sensatez, pero el significado de dicha palabra cuando se era víctima de una maldita oleada de continuos picores, no tenía sentido para unos desleales dedos que se habían convertido en garras enemigas. ¡Y para colmo hacía tiempo que no me cortaba las uñas!

Me quedaba menos de un litro de agua y tras beber un sorbo reanudé la marcha con las manos asidas al manillar. A pesar de que siempre es mejor tener todos los sentidos alerta, con el minicasete inutilicé el del oído, intentando anestesiar la agobiante tortura a la que estaba siendo sometida mi piel que no cesaba de gritarme: ¡Socorro!

Con la nariz taponada y fabricando mocos sin parar; con la cabeza hirviendo y a punto de estallar de dolor, goteando y goteando sudor; con la cara hinchada

al igual que brazos, vientre, nalgas y piernas, llenas de bombollas incitando sin piedad mi instinto asesino; respirando con dificultad por la boca, agotado; vacío de entusiasmo y ansioso de no sentir nada, continué con mi agónico avance, con las manos rabiosamente cogidas al manillar para no seguir desgarrando mi histérica piel.

Pero en cuanto empecé a caminar por un terreno duro, donde podía dirigir la bicicleta con una mano, la otra se lanzó como leona hambrienta, contra la piel de mis piernas que bajo sus salvajes caricias empezó a sangrar.

Me estaba suicidando lentamente, martirizado por mi falta de fortaleza y de aquella maldita alergia que nunca había podido superar sin una sangrienta carnicería.

Al frenarse la bicicleta en la arena coloqué de nuevo la traicionera mano en el manillar y continué con mi sonámbulo avance. Lo mejor sería no detenerme y superar las horas que durase la explosión de la terrorista alergia, entretenido en no hacerle caso al sufrimiento de mi cuerpo.

Había media luna y el gran mural de claroscuros de la sabana me atrapaba en una escena que forzaba a castañetear los dientes, pero todo lo que no fuese deshacerme del dolor cutáneo me importaba bien poco.

Los pesados segundos fueron cayendo mientras los síntomas alérgicos aumentaban, multiplicando la infernal sensación de estar siendo torturado por un maldito sádico

Cuando empecé a distinguir unas chozas cercanas a la pista, apagué el minicasete y con el corazón contraído avancé con lentitud. Oí voces y dudando, deseé no encontrar ninguna excusa para detenerme, pues cada vez que lo hacía para beber, cambiar la cinta o rascarme, notaba como una ola de lava desde mi interior me quemaba, sintiéndome a punto de estallar.

El caminar y la música me servían de refrigerante y minutos después de haber dejado atrás el poblado, llegué a otro.

Débiles luces y conversaciones extrañas, junto con la sensación de ser un fantasma, me entretuvieron hasta que tras alejarme, de nuevo me coloqué los auriculares dejándome empujar por las melodías hacia un rincón donde no existe ni frío ni calor, ni luz ni oscuridad, ni verdad ni mentira, sino tan sólo lo que uno quiere que haya, si lo desea con intensidad.

Canción tras canción, aunque en ocasiones no las escuchase, intentaban suavizar los malditos picores, pero por más esfuerzos que hacía no me podía resistir a arrancar con saña la inocente piel, enrojeciéndola, rompiéndola, matándola...

Mientras los kilómetros iban dejándose recorrer muy despacio, la música me inyectaba ese suero especial que es la repetición insistente de que todo o casi todo, se puede lograr cuando uno camina con desenfrenado entusiasmo hacia el lugar donde quiere llegar.

A pesar de que mi cabeza naufragaba carcomida por el impertinente dolor, todavía me repetía que cuanto más inalcanzable era el objetivo, mejor me sentiría al conseguirlo.

No había opción a quejarse, pues antes de emprender el viaje sabía que no me iba a resultar nada fácil, y sin embargo había decidido ir hacia lo desconocido, en busca de la verdad escondida en mi interior; y sin dejar de seguir arañándome la piel, ni de sudar, ni de caminar, me elevé por encima de mi realidad para sentirme tan invencible como un deseo ardiente, tan inmortal como lo eterno y tan duro como el diamante.

—¡Aaaaaaaah! —grité cuando mis uñas abrieron nuevos surcos en mi piel.

Una claridad me hizo pensar que me acercaba a una ciudad con calles iluminadas y un hotel con bañera donde ahogaría los picores.

A mi izquierda la línea férrea con los postes del tendido eléctrico trazaban una paralela con la pista.

Lentamente seguía empujando la bicicleta, la picazón, el dolor de cabeza, el insistente sudor, la acumulación de cansancio y el escozor de las heridas producidas por las uñas, mientras sin poder entenderlo la carretera y la línea férrea se iban separando del resplandor.

Un ciclomotor me adelantó por uno de los senderos cercanos a la pista, que ni con la oscuridad conseguía disimular su desgracia, ni yo con la música aliviar la destrozante alergia que por momentos me acorralaba contra el paredón de fusilamiento, sin conseguir todavía que el verdugo me colocase la venda en los ojos.

Al mismo tiempo que la luminosidad crecía, me alejaba de la ciudad, hasta que caí en la cuenta de que la luminiscencia, que creía pertenecía a una ciudad, no era sino un gran incendio.

—¡Aaaaaaaah! —volví a gritar por enésima vez pidiendo clemencia ante la sangrienta carnicería de la que era a la vez, ejecutor y víctima, sin lograr de mis dedos ninguna muestra de piedad.

El fuego quedó atrás.

Unos gritos me hicieron agudizar la vista y distinguí algunas chozas y un pequeño cartel junto a la pista con las palabras: “Escuela de Kessaro”.

Bien. Quizás en este pueblo pueda acortar la cadena y conseguir agua, pensé, decidido a continuar toda la noche hasta llegar a la ciudad de Kita, todavía a más de 77 kilómetros.

Un abrevadero con una bomba de agua manual me sorprendió agradablemente. Con unos aullidos de metal saqué unos chorros y tras probarla y comprobar que sabía bien, llené el bidón y las botellas.

Segundos después me crucé con dos chavales.

—¿Hay algún mecánico de bicicletas en este pueblo?

—Sí, se llama Kalilou. Pregunta más adelante.

Todavía infectado por el desidiioso picor y con el escozor de la piel arrancada, quemándome, me fui adentrando en la población por la calle que la atravesaba, escoltada de árboles y oscuridad, al carecer de luz eléctrica.

Me detuve ante un grupo de personas y tras preguntar, dos chavales se brindaron a acompañarme. Nos movíamos entre el laberinto de chozas con tan sólo la luz de la media luna, y al llegar a la casa del mecánico y no encontrarlo, nos sentamos a esperar.

Con el escaso vocabulario de un idioma parecido al francés, mis guías me fueron haciendo preguntas y como no tenía ganas de tertulia, las fui contestando con monosílabos.

Aunque la nariz se mantenía taponada segregando mucosidad transparente, el hinchazón de la cara y el acoso de los picores se iban calmando.

Cuando apareció el mecánico le di la mano y tras exponerle el problema me aseguró que podría ayudarme.

Después de descargar las bolsas y darle la vuelta a la bicicleta, le expliqué que necesitaba una llave allen para desmontar el desviador, pero no tenía, así que el colgajo continuaría aferrado al cuadro.



En silencio estuve observando como con ayuda de un punzón y un rudimentario martillo acortaba la cadena. Di unas vueltas con la bicicleta entre las chozas, pero todavía se salía.

Le quitó otro eslabón y al probarla quedaba demasiado corta para el piñón más grande.

—Con luz se repara mejor —me dijo, pues había estado haciendo todas las operaciones con el haz de una pequeña pila, en medio de una multitud de curiosos—. Quédate y mañana la arreglaré.

Aunque la alergia había ido bajando en intensidad y mis rabiosas ganas de rascarme se habían tranquilizado, el agotamiento no tuvo ningún reparo en aceptar la inesperada invitación; además de que partir con la bicicleta estropeada era una solemne tontería.

Entre varios la metieron junto con mis cosas en una choza presidida por una tentadora cama.

—Aquí dormirás tú —me dijo Kalilou.

—Puedo dormir fuera —le dije, ya que me sabía mal que él durmiese en el estrecho camastro de ramas de palmera adosado a la pared de la choza, mientras yo dormía en el amplio lecho.

—Elige —me contestó, intentando ser un perfecto anfitrión.

Dentro hacía más calor que fuera y a pesar de que mi cuerpo necesitaba meterse bajo una catarata de aguas gélidas, decidí dormir cerca de mi equipaje.

Tras quitarme las zapatillas, me tumbé sobre lo que debería ser altar de mi resurrección, ya que transcurridas más de 14 horas desde que partiese de Bamako, mi cuerpo se encontraba a punto de abdicar, pero sólo mi cuerpo, porque mi alma, a pesar de haber tenido que sufrir también un doloroso castigo, no dudó en gritarme con rabia y descaro: ¡Llegaré a Dakar aunque tenga que atravesar mil infiernos! ¡Llegaré porque es mi más radiante deseo!

Pero mi cuerpo dudaba y a medida que pasaba el tiempo, las heridas fueron hablando con más claridad; empezando por las manos que me dolían intensamente por el traqueteo de la bicicleta y por hincharse con la alergia; además, el dedo gordo de la mano derecha lo tenía dañado al doblármelo cuando intentaba acoplar la cubierta a la llanta tras el pinchazo; la zona superior de los muslos quemada por el sol y arañada por las uñas; la parte trasera de las piernas y las nalgas pringadas de sangre y escozores, por ser donde más me había rascado e incluso todavía notaba picores; los dedos gordos de los pies doloridos por el roce con las zapatillas; el ano irritado de lanzarme ventosidades al sentarme mal la comida y hasta la garganta protestaba por haber tomado el día anterior demasiados refrescos.

La cama era dura y en el exterior los perros ladraban sin descanso. Con los ojos abiertos no veía nada y al cerrarlos se abalanzaba sobre mí una mezcla entre negro oscuro y rojo fuego.

Pasaban los minutos y no conseguía conciliar el sueño. La alergia se había calmado y tan sólo se mantenían pequeños focos que no tardarían en caer, pero el desastre era irreparable. Al pasar las manos sobre mi piel noté que las bombillas habían desaparecido, aunque había quedado desgarrada y me escocía cada vez más.

¡Estaba hecho polvo! Pero sabía que siempre se puede hacer algo por mejorar lo peor, y me puse a pensar en cómo podría suavizar la hecatombe.

Con las dos últimas servilletas humedecidas de alcohol me desinfecté las heridas y a pesar del techo vi cada una de las estrellas, incluso aquellas cuya luz tardaría años en llegar a la tierra.

Cuando el mareo y el vibrante escozor se calmaron, me puse la crema para las quemaduras en los muslos.

Mientras el sueño me animaba a entrar en su dimensión, intenté mitigar los reveses encajados a lo largo del día: el pinchazo, el desviador roto, la destrozante alergia, la piel violada por el sol y mis uñas... en verdad iba a tardar en olvidarlo, si es que alguna vez decidía borrarlo de mi memoria, puesto que lo ocurrido no eran sino escenas de la mejor película de mi vida...

DÍA DE VIAJE	FECHA	LUGAR DE SALIDA	LUGAR DE LLEGADA
90	27-03-1988	Bamako	Kessaro
KILÓMETROS	HORA DE SALIDA	HORA DE LLEGADA	TOTAL
115,0	07.47	22.00	14 horas 13 minutos